

PERE LACHAISE
La ciudad de los famosos del pasado

SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12

TURISMO/12

DOMINGO 4 DE ABRIL DE 1999

ANTIGUA
La Semana Santa de flores y colores



CHINA

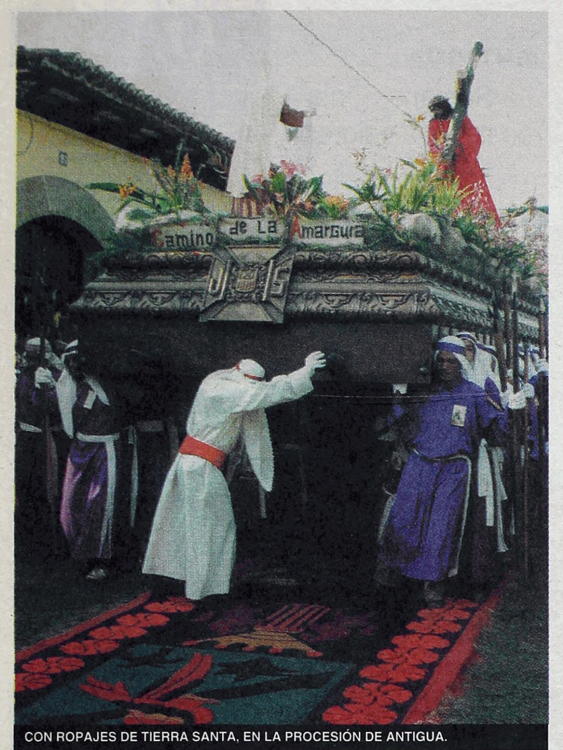
El país más antiguo del mundo deslumbra por sus contrastes entre la modernidad más desatada y los monumentos de un pasado milenario

UNA DE LAS TRADICIONES

La Semana

De la seca Andalucía a la América Central de colores vibrantes, la tradición de las procesiones sobre alfombras de flores ganó una vida espectacular en la ciudad de Antigua.

Por Jessica Garbarino



CON ROPAJES DE TIERRA SANTA, EN LA PROCESIÓN DE ANTIGUA.

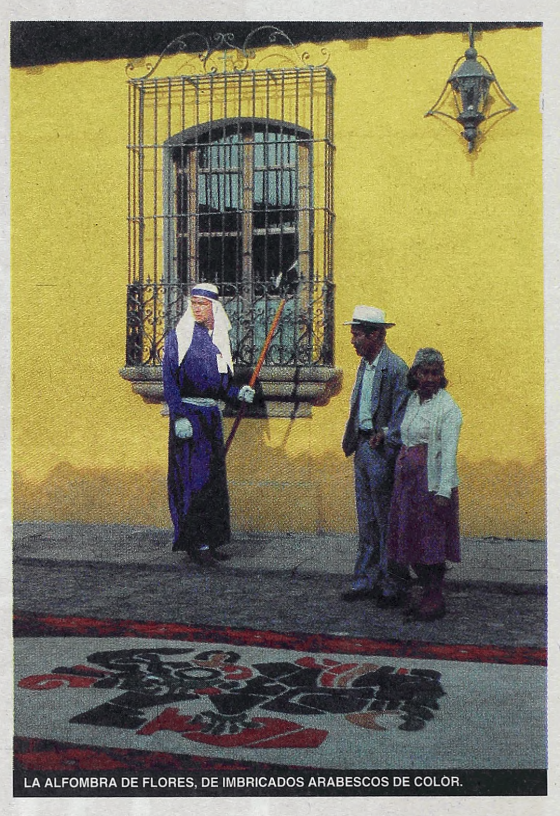
Es Jueves Santo y el violeta viste de la cabeza a los pies a cada antigüeño, violeta son los crespones que enlutan las rejas coloniales de muchas casas, violeta mezclado con negro. Pero el violeta y el negro no consiguen aplacar la algarabía de los demás colores, tan guatemaltecos. Porque el violeta que llevan, al estilo de aquellos hombres del desierto, hasta los chiquilines que no alcanzan el metro de altura, es tan saturado como el amarillo, el rosa o el naranja de las fachadas de Antigua, Guatemala. Y el trajín de los vecinos tejiendo sobre el empedrado sus alfombras de flores y aserrín para los pies de la procesión, desplaza cualquier aflicción.

Cuando Antigua huele a pino, se sabe, la Cuaresma está a punto de terminar. Mucho antes del Domingo de Ramos –primer día de la Semana Santa, cuando según la fe cristiana Jesús llega a Jerusalén a horcajadas de un asno, en medio de sus seguidores que le ofrendan ramas de olivo– alguien se encarga de ir casa por casa para asegurarse de que todos tengan suficiente paja de pino para solucionar las desprolijidades del adoquinado callejero. Sobre esa base, el Jueves Santo comenzarán a plantar las alfombras de pétalos, largamente planificadas para no descuidar ningún detalle. Entonces el aire huele también a flores deshojadas.

El mismo jueves se puede ver a Jesús Nazareno saliendo de la Iglesia de San Francisco o de la de San Cristóbal el Bajo, para rodar en andas por las calles coloniales. La ciudad, a fuerza de las sucesivas reconstrucciones tras los terremotos que la asolaron, luce maciza, defensiva y algo petisa. Su importancia histórica y el cuidado con que se conserva hizo que en 1979 la Unesco la declarara Patrimonio de la Humanidad.

La influencia de la religión católica es tan grande en la que fuera capital de la Capitanía General de Guatemala –una región que abarcaba a toda Centroamérica– que nadie es indiferente a la celebración de "la vida, pasión y crucifixión de Jesucristo", paso a paso, con la misma intensidad cada año. Antigua es famosa por mantener las tradiciones sacras que los españoles supieron inculcarle durante la conquista. Aunque con algunos ingredientes muy locales.

Adoptadas a imagen y semejanza de las procesiones sevillanas, las devociones guatemaltecas no se pudieron resistir a ciertos ritos indígenas, a los diseños coloridos de sus vestimentas, a los motivos tropicales, a los pictogramas mayas. Con todo, hubiera sido muy difícil componer el desierto original entre tanta santa rita que trepa en los portales o frente a una palmera caribeña.



LA ALFOMBRA DE FLORES, DE IMBRICADOS ARABESCOS DE COLOR.

Entre nueve y diez horas les lleva a varios vecinos, a una familia o a un grupo de compañeros de trabajo dejar lista una alfombra tan grande como el número de colaboradores que hayan logrado reunir. Los tramos de la vía procesional que cada uno decorará fueron asignados con anterioridad.

Alguien pretende en vano un taxi en la ciudad. La ausencia es un misterio hasta que se descubre que todos los choferes están atareados tejiendo su propia alfombra, larguísima, frente a los arcos de la Catedral de San José.

Una vez emparejado el terreno irregular que propone el empedrado, aparecen los canastos repletos de flores o aserrín teñido a propósito del diseño acordado. Primero se alisa una cama fina que haga más delicadas las posibilidades del dibujo que vendrá. Recién entonces, unas planchas de madera de poco más de un metro por lado, caladas, toman su puesto, cuando ya es completamente de noche. El aserrín de cada color se cierne sobre su hueco con precisión. Los artistas hacen malabares sobre un tablón, apenas unos 20 centímetros sobre el suelo, para llegar a las zonas más inaccesibles de la alfombra. Nadie planea dormir esa noche.

Los romanos con sus capas rojas, los cascos dorados con penacho y todo, las sandalias que trepan por la pantorrilla, sus lanzas y sus polleras compiten en exotismo con los hombres de violeta. Están por todas partes desde temprano. Al punto que pronto sorprende más un turista con sus ropas de calle, tan fuera de tema. Las mujeres aborígenes –mayoría en el país– que les venden artesanías a los visitantes llevan sus trajes típicos, bordados hasta el último rincón, no como un reclamo turístico sino como una tradición que resiste.

El Jueves Santo la ciudad ya está que revienta de gente y es imposible conseguir un cuarto de hotel. Lo mejor es llegar unos días antes para asegurarse una plaza y, de paso, visitar los alrededores de Antigua en excursiones de un día. Aunque si se está en apuros conviene consultar a los vecinos porque durante esa época muchos alquilan habitaciones en sus casas para hacerse unos pesos extra.

Cómo planear el viaje

Cómo llegar: Mexicana y United Airlines vuelan a Guatemala desde Buenos Aires. También es posible tomar un avión de Ecuatoriana de Aviación hasta Panamá y combinar con otra línea aérea hasta la capital guatemalteca. El precio del pasaje con impuestos incluidos ronda los 930 pesos. Antigua queda a 49 kilómetros de Guatemala capital. La empresa Transportes Unidos tiene autobuses que hacen ese recorrido. Los vehículos salen de calle 15 entre 3ª y 4ª avenidas, zona 1.

Visa: Las personas con pasaporte argentino, italiano y español no necesitan visa para estar tres meses en el país.

Dinero: La moneda guatemalteca se llama quetzal en honor al pájaro nacional, de vistoso plumaje verde, rojo y blanco. Las tarjetas bancarias argentinas de la red Electrón o Visa funcionan en los cajeros automáticos de Guatemala. Para cambiar cheques de viajero en cualquier banco es preciso tener en cuenta el largo feriado. Todas las tarjetas de crédito internacionales son ampliamente aceptadas en hoteles, restaurantes y comercios antigüeños.





MAS TIPICAS Y ESPECIALES DE GUATEMALA

Santa de Antigua



LOS ROMANOS, PARTE DE LA COLORIDA RECONSTRUCCIÓN DE LA PASIÓN CRISTIANA.

De todas formas, hay poco tiempo para dormir durante la Semana Santa de Antigua. Cómo perderse la fabricación de las alfombras toda la noche, empezar el Viernes Santo distraído vagando en las calles por donde pasará la procesión y seguir paso a paso las alternativas de "los últimos días de Jesús en la tierra". Hasta el ateo más desorientado no podrá sustraerse a semejante manifestación cultural y querrá averiguar el porqué de cada detalle.

A las cinco de la mañana del viernes, cuando el sol no se anima todavía tras el horizonte, unos romanos de a caballo anuncian la sentencia a muerte por toda la ciudad. Algún Poncio Pilato se lava las manos y la luz borrosa del amanecer se mezcla con el humo espeso del incienso que deja en el olvido el aroma del pino y las flores.

Los "cucuruchos", como se llama a los hombres de violeta, cubren entonces su cabeza de blanco. A las siete de la mañana, la legión de desvelados que invade la ciudad se aglomera en la puerta de la Iglesia de la Merced, barroca hasta la médula. Cargado sobre los hombros de más de cien penitentes inicia su marcha el anda procesional de Jesús Nazareno llevando la cruz.

Es la procesión más importante y dura hasta el mediodía. Las bellísimas alfombras que tanta elaboración demandaron se disuelven bajo el vaivén del paso lento de los cargadores, al ritmo de una marcha fúnebre. Tras el anda procesional principal, las mujeres llevan una menor con la Virgen. Cierra el cortejo una banda de músicos con trombones lustrosos, clarines, bombos y redoblantes que penan a más no poder con sones lastimeros.

La crucifixión es a las 11 de la mañana y a las tres de la tarde el descenso de la cruz. Tan rápido parece ocurrir todo que el ateo desvelado a esa altura quizá se sienta mareado y lo atribuya al olor ubicuo del incienso.

Otro circuito y otras alfombras esperan a la "procesión del Señor sepultado" que empieza a las cuatro de la tarde del viernes. El que conserve un resto de energía tal vez pueda planificar entonces una excursión nocturna al volcán Pacaya que está activo y en erupción. Aunque hay que tener en cuenta que hace falta muchísima voluntad para trepar por la arena negra empinada hasta el puesto donde mejor se ve brotar la lava.

El Sábado de Gloria por la tarde sólo salen a peregrinar las mujeres, ataviadas con trajecitos muy formales y tocados con largas mantillas, como las que llevan las sevillanas españolas en su ropa típica. Las costaleras cargan a la Virgen Dolorosa sobre sus hombros para salir de la Iglesia de San Felipe o de la Escuela de Cristo.

Antigua luce más silenciosa y tranquila, reposa del fervor del jueves y el viernes, y se prepara para la fiesta dominical. Conviene aprovechar entonces para recorrerla o pasar las horas en alguno de los restaurantes for export de la ciudad probando exquisiteces. Observar, sin la multitud en torno, la Iglesia de la Merced que sobrevivió al terremoto de 1773, el Palacio del Ayuntamiento, la Plaza de Armas y la Catedral de San José, donde –suponen– está enterrado don Pedro de Alvarado, el Conquistador de Guatemala.

Muchas viviendas elegantes de la época de la colonia fueron reconstruidas tras los terremotos que sacudieron la ciudad, ubicada como está a los pies de los volcanes Fuego, Agua y Acatenango. Por ejemplo, la Casa Popenoe en la quinta calle oriente y la avenida sur, la Casa de las Campanas y la Casa de los Leones. Todas típicas de la arquitectura colonial, austera por fuera, de rejas portentosas y habitaciones que rodean el patio con jardines y fuentes en el centro.

A la hora del refrigerio la variedad de restaurantes es inmensa y los menúes por demás cosmopolitas, acostumbrados como están a complacer turistas de todas partes del mundo. Pero hay que probar los jugos de frutas tropicales y animarse a los platos locales.

La misa de Resurrección se celebra a las doce de la noche, justo cuando empieza el domingo. Un oportuno fogón en la puerta de la iglesia para encender las velas anuncia que ya es hora. El Domingo de Resurrección, por fin, nadie lleva los trajes violetas y desaparecieron los crespones negros. Los cofrades prefieren el blanco y el rojo, ya no se oyen marchas fúnebres y los petardos del festejo ponen en su sitio el nada sobrio despliegue cromático guatemalteco.

NOTICIERO

El éxito de AVIABUE



Tres mil quinientas personas visitaron la exitosa ECTU 99 y Destino USA organizada por AVIABUE, la Asociación de Agencias de Viajes y Turismo de Buenos Aires. La exhibición especializada reunió semejante caudal de personas en apenas dos días, 25 y 26 de marzo, en el predio de Palermo. Con particular alegría, los organizadores destacaron que 500 de los visitantes representaban a 200 agencias del interior. El encuentro permitió transmitir una gran cantidad de información. En ECTU (Encuentro de Comercialización Turística) hubo 149 expositores y en Destino USA, 150, incluyendo hoteles, compañías aéreas, oficinas de turismo de países extranjeros, rentadoras de autos, asistencia al viajero, organismos oficiales y entidades del sector. El presidente de AVIABUE, Marco Palacios, destacó que la entidad no sólo se preocupa por sus miembros sino por el público, anunciando que se creó un Tribunal Arbitral para dirimir conflictos entre agencias, mayoristas y clientes.

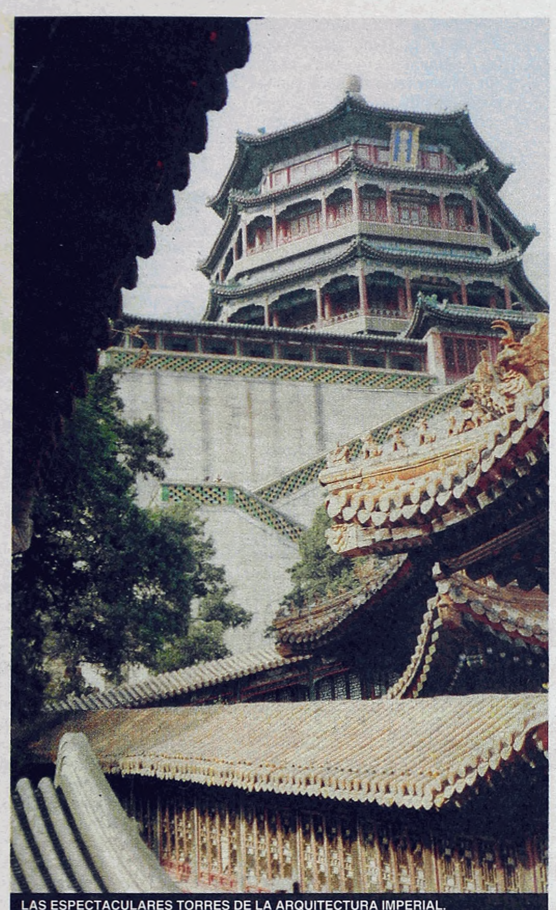
Veinte años en Itaparica

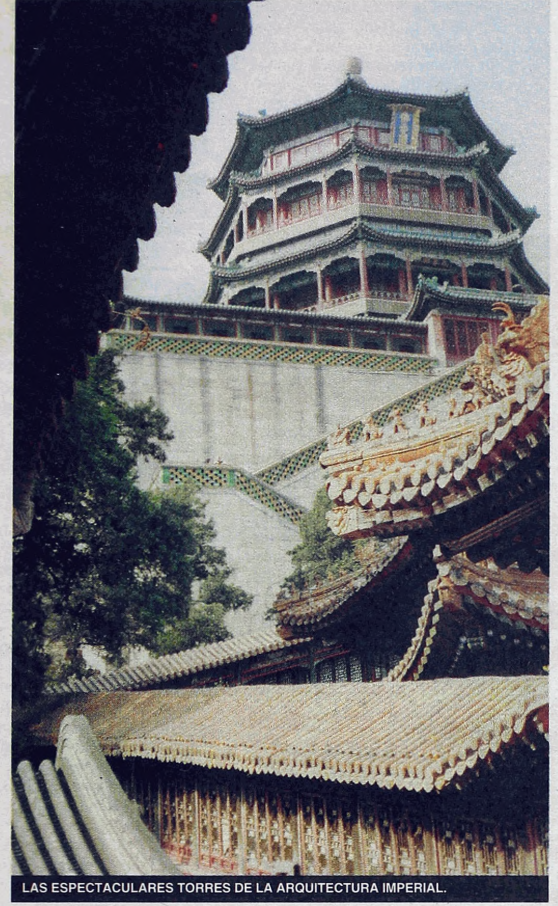
El Club Med festejó los veinte años de su Village en Itaparica, en el Nordeste brasileño. Ubicado en una de las grandes islas de la bahía de Salvador, en Bahía, el Village dio una serie de fiestas, ofreció descuentos del 20 por ciento en sus bares y boutiques y sorteó estadías y viajes completos para sus huéspedes. Cada visitante recibió de regalo una remera conmemorativa del aniversario.

CHINA, ENTRE EL FUTURO Y EL MILENARISMO

Entre palacios y rascacielos

La esencia de una civilización legendaria convive con la más avanzada tecnología en una capital donde la Ciudad Prohibida y los modernos edificios bancarios compiten en majestuosidad, mientras las calles son disputadas por bicicletas y limusinas.





LAS ESPECTACULARES TORRES DE LA ARQUITECTURA IMPERIAL.

Por Julián Varsavsky

Para Occidente, China es sinónimo de solemnidad, tradición, paciencia y cultura milenaria. Pero la primera imagen que enfrentamos al salir del aeropuerto de Pekín en la noche, es la contracara de todo esto: nos encandilan los destellos luminosos de una metrópoli que avanza con fiereza hacia el siglo XXI. Mientras el taxi se desliza a toda velocidad a través de una gran autopista, empiezan a desfilar por la ventanilla los particulares rascacielos de Pekín, que se han ido inaugurando al ritmo de uno por mes en los últimos años. No se trata simplemente de los megaedificios de cualquier city, son anchas moles espejadas con terminaciones al estilo de la vieja tradición china. Los techos están rematados con formas cónicas o piramidales de color rojo o amarillo. A veces las fachadas tienen como decorado grandes ideogramas dorados que provienen del arte de la caligrafía china. En sólo media hora, desfilaron a nuestro lado más de 60 joyas de la arquitectura futurista con toques orientales que no imaginábamos encontrar en Pekín.

Pekín en bicicleta

Si aspiramos a compenetrarnos con el pulso de la vida de los pekineses, tenemos que mirar la ciudad desde el mismo punto de vista que ellos: sobre una bicicleta. La cantidad de estos rodados es tal, que en las bicisendas de las avenidas se forman verdaderos atascamientos donde a veces uno queda atrapado en una multitud de ciclistas –son 3 millones en toda la ciudad–. La imagen es la misma al frente o detrás nuestro: un largo río de cabezas en el cual somos simplemente uno más entre la muchedumbre. Pero la gente se encarga todo el tiempo de recordarnos que tenemos los ojos más redondeados que ellos, y no paran de saludarnos: *Nijhao*, gritan desde sus bicicletas para captar nuestra atención mientras una sincera sonrisa se les dibuja en el rostro. La amabilidad de los chinos no tiene límites: detienen sus bicicletas para que pasemos mientras abren paso con solemnidad, como si el que pedaleara con una cámara colgando del cuello fuese un emperador.

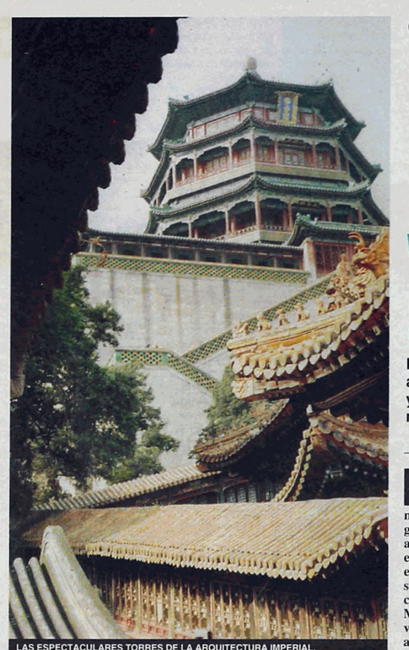
Nuestra lógica occidental tiende a deducir que 1200 millones de chinos transitan las calles oprimidos por la falta de lugar. Pero no es así: el espacio público en China es extraordinariamente amplio. Es cierto que uno nunca deja de ver gente y más gente que aparece por cada calle como en manifestación, día y noche, pero allí hay lugar para todos. También los parques son muy espaciosos: ninguna ciudad del mundo posee tantos pulmones verdes como, por ejemplo, el Parque Beihai, de 68 hectáreas. La bici la dejamos en la entrada, y cruzamos el lago a través de un típico puente chino que nos conduce a una isla con una colina surcada por románticos senderos. Para la cultura china la prolijidad es casi una obsesión, lo cual se refleja en los jardines de este parque. Entre la vegetación de la colina, sobresale una antigua pagoda totalmente blanca.

Vastedad es la palabra que mejor describe el rasgo principal de Pekín. En esta ciudad todo tiene proporciones gigantescas: los parques, las construcciones antiguas y modernas, la Gran Muralla, las avenidas. Todo está hecho a lo grande, como para resaltar la pequeñez de los mortales. Quien crea que la calle más ancha del mundo es la 9 de Julio se equivoca. Su nombre es Dongchangan, y es la que separa Tiananmen de la Ciudad Prohibida.

Desde una bicicleta las percepciones son más vívidas que desde atrás de un vidrio: todo está al alcance de la mano, el desconcertante chirriar de millares de bicicletas se graba en la memoria con fidelidad y el olor a pato asado en los mercados callejeros aromatiza la recorrida. La gente conversa a los gritos desde una bicicleta a otra. Pero no hay otra posibilidad: por alguna inexplicable razón, los pulgares de los ciclistas accionan cons-

LO INESPERADO, UNA CALLE COMERCIAL DE LA PEKÍN MODERNA.

EL CONTRASTE: UNA DE LAS ENTRADAS A LA CIUDAD PROHIBIDA.



LAS ESPECTACULARES TORRES DE LA ARQUITECTURA IMPERIAL.

CHINA, ENTRE EL FUTURO Y EL MILENARISMO

Entre palacios y rascacielos

La esencia de una civilización legendaria convive con la más avanzada tecnología en una capital donde la Ciudad Prohibida y los modernos edificios bancarios compiten en majestuosidad, mientras las calles son disputadas por bicicletas y limusinas.

Por Julián Varsavsky

Para Occidente, China es sinónimo de solemnidad, tradición, paciencia y cultura milenaria. Pero la primera imagen que enfrentamos al salir del aeropuerto de Pekín en la noche, es la contracara de todo esto: nos encandilan los destellos luminosos de una metrópoli que avanza con fiereza hacia el siglo XXI. Mientras el taxi se desliza a toda velocidad a través de una gran autopista, empiezan a desfilar por la ventanilla los particulares rascacielos de Pekín, que se han ido inaugurando al ritmo de uno por mes en los últimos años. No se trata simplemente de los megaedificios de cualquier city, son anchas moles espejadas con terminaciones al estilo de la vieja tradición china. Los techos están rematados con formas cónicas o piramidales de color rojo o amarillo. A veces las fachadas tienen como decorado grandes ideogramas dorados que provienen del arte de la caligrafía china. En sólo media hora, desfilaron a nuestro lado más de 60 joyas de la arquitectura futurista con toques orientales que no imaginábamos encontrar en Pekín.

Pekín en bicicleta

Si aspiramos a compenetrarnos con el pulso de la vida de los pekineses, tenemos que mirar la ciudad desde el mismo punto de vista que ellos: sobre una bicicleta. La cantidad de estos rodados es tal, que en las bicisendas de las avenidas se forman verdaderos atascamientos donde a veces uno queda atrapado en una multitud de ciclistas –son 3 millones en toda la ciudad–. La imagen es la misma al frente o detrás nuestro: un largo río de cabezas en el cual somos simplemente uno más entre la muchedumbre. Pero la gente se encarga todo el tiempo de recordarnos que tenemos los ojos más redondeados que ellos, y no paran de saludarnos: *Nijhao*, gritan desde sus bicicletas para captar nuestra atención mientras una sincera sonrisa se les dibuja en el rostro. La amabilidad de los chinos no tiene límites: detienen sus bicicletas para que pasemos mientras abren paso con solemnidad, como si el que pedaleara con una cámara colgando del cuello fuese un emperador.

Nuestra lógica occidental tiende a deducir que 1200 millones de chinos transitan las calles oprimidos por la falta de lugar. Pero no es así: el espacio público en China es extraordinariamente amplio. Es cierto que uno nunca deja de ver gente y más gente que aparece por cada calle como en manifestación, día y noche, pero allí hay lugar para todos. También los parques son muy espaciosos: ninguna ciudad del mundo posee tantos pulmones verdes como, por ejemplo, el Parque Beihai, de 68 hectáreas. La bici la dejamos en la entrada, y cruzamos el lago a través de un típico puente chino que nos conduce a una isla con una colina surcada por románticos senderos. Para la cultura china la prolijidad es casi una obsesión, lo cual se refleja en los jardines de este parque. Entre la vegetación de la colina, sobresale una antigua pagoda totalmente blanca.

Vastedad es la palabra que mejor describe el rasgo principal de Pekín. En esta ciudad todo tiene proporciones gigantescas: los parques, las construcciones antiguas y modernas, la Gran Muralla, las avenidas. Todo está hecho a lo grande, como para resaltar la pequeñez de los mortales. Quien crea que la calle más ancha del mundo es la 9 de Julio se equivoca. Su nombre es Dongchangan, y es la que separa Tiananmen de la Ciudad Prohibida.

Desde una bicicleta las percepciones son más vívidas que desde atrás de un vidrio: todo está al alcance de la mano, el desconcertante chirriar de millares de bicicletas se graba en la memoria con fidelidad y el olor a pato asado en los mercados callejeros aromatiza la recorrida. La gente conversa a los gritos desde una bicicleta a otra. Pero no hay otra posibilidad: por alguna inexplicable razón, los pulgares de los ciclistas accionan constantemente los timbres metálicos.



LO INESPERADO, UNA CALLE COMERCIAL DE LA PEKÍN MODERNA.



EL CONTRASTE: UNA DE LAS ENTRADAS A LA CIUDAD PROHIBIDA.



UNO DE LOS MUCHOS EDIFICIOS COMERCIALES MODERNOS QUE, SIN EMBARGO, GUARDA UNA LÍNEA TRADICIONAL.

¿Tiananmen Square? Todo chino responderá esta pregunta mediante señas, y con facilidad desembocaremos en el centro neurálgico de la ciudad, el cual conviene tener siempre como referencia a la hora de regresar al hotel. Al final del embotellamiento de bicicletas que tenemos delante, sobresalen a 50 metros de altura los tradicionales techos rojos que decoran la Puerta Qianmen. Esta colosal entrada, construida en el siglo XV, marca una división tajante entre el Pekín moderno y el milenario. Al cruzarla la ciudad retrocede varios siglos al pasado –como por el túnel del tiempo–, mientras que a lo lejos ya se perfilan los muros carmesí de la Ciudad Prohibida. Pero es momento de dejar nuestro vehículo en el estacionamiento de bicicletas y hacer la cola para encontrarse cara a cara con los restos embalsamados de Mao que yacen en el interior de un gran mausoleo.

Nuevamente sobre la bicicleta, ingresamos en la kilométrica plaza Tiananmen donde nos deslumbra un límpido cielo celeste surcado por barriletes rojos con forma de dragón. De pronto nos quedamos estupefactos ante la aparición de un dragón dorado con su ondulante cola roja de 60 metros decorada con plumas de pavo real. Lo dirigía un anciano con gorro y trenza a lo manchú. Para los chinos las cometas representan algo más que un simple juego: diseñarlas es un verdadero arte desarrollado mediante técnicas milenarias.

A la derecha de la plaza, el Museo de la Revolución ofrece una emocionante clase de historia graficada con objetos y armas de la época dispuestos frente a grandes murales fotográficos que relatan paso a paso la famosa Larga Marcha que llevó a Mao al poder. Al otro lado de la plaza, se puede ingresar en el monumental recinto donde los 5000 diputados de la República Popular China deciden sobre el destino de 1200 millones de hombres.

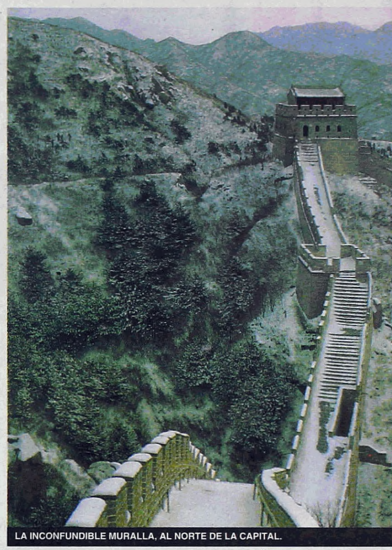
La Ciudad Prohibida

Estar parado frente a la Ciudad Prohibida –donde Bernardo Bertolucci filmó *El Ultimo Emperador*– provoca una atracción incontrolable por ir a descubrir los tesoros que se esconden tras sus muros de 8 metros de alto. Caminar entre los rojos pabellones con techos dorados de este laberinto rectangular de un kilómetro de largo es una de las cumbres más altas a las que puede aspirar un viajero de pura cepa. Astrolabios, clepsidras, dragones de mármol color turquesa, leones de bronce, fastuosos tronos reales y humeantes incensarios con forma de tortuga, son algunas de las maravillas que encontramos en los patios y los 9000 salones de esta ciudad donde residieron las familias imperiales entre los siglos XV y XIX.

Doscientos mil hombres construyeron esta obra maestra de la arquitectura donde vivían 9000 damas de honor y 70.000 eunucos que se ocupaban de las tareas de la corte y, en muchos casos, de regir los destinos del imperio desde el anonimato. Los emperadores no solían cruzar los muros de la ciudad, mientras que todo aquel ajeno a la corte tenía prohibido ingresar allí. Muy pocos en

Noche de Maradona en Pekín

Una noche me acerqué con mi bicicleta hasta los altos muros rojos de la Ciudad Prohibida, donde unos jóvenes chinos que intentaban dominar una pelota de fútbol me invitaron a jugar. Después del partido, cuando ya me retiraba, me tomaron del brazo y se agacharon alrededor de un bolso para sacar algo: desplegaron ante mis ojos atónitos dos enormes posters de Boca Juniors con Maradona, escritos en chino; los firmaron y me los regalaron. Mis amigos orientales, con quienes no pude cruzar palabra, nunca llegaron a saber que ese occidental solitario que se fue feliz de la vida con los posters bajo el brazo, era argentino e hincha de Boca.



LA INCONFUNDIBLE MURALLA, AL NORTE DE LA CAPITAL.



UNO DE LOS MUCHOS EDIFICIOS COMERCIALES MODERNOS QUE, SIN EMBARGO, GUARDA UNA LÍNEA TRADICIONAL.

tantemente los timbres metálicos.

¿Tiananmen Square? Todo chino responderá esta pregunta mediante señas, y con facilidad desembocaremos en el centro neurálgico de la ciudad, el cual conviene tener siempre como referencia a la hora de regresar al hotel. Al final del embotellamiento de bicicletas que tenemos delante, sobresalen a 50 metros de altura los tradicionales techos rojos que decoran la Puerta Qianmen. Esta colosal entrada, construida en el siglo XV, marca una división tajante entre el Pekín moderno y el milenario. Al cruzarla la ciudad retrocede varios siglos al pasado –como por el túnel del tiempo–, mientras que a lo lejos ya se perfilan los muros carmesí de la Ciudad Prohibida. Pero es momento de dejar nuestro vehículo en el estacionamiento de bicicletas y hacer la cola para encontrarse cara a cara con los restos embalsamados de Mao que yacen en el interior de un gran mausoleo.

Nuevamente sobre la bicicleta, ingresamos en la kilométrica plaza Tiananmen donde nos deslumbra un límpido cielo celeste surcado por barriletes rojos con forma de dragón. De pronto nos quedamos estupefactos ante la aparición de un dragón dorado con su ondulante cola roja de 60 metros decorada con plumas de pavo real. Lo dirigía un anciano con gorro y trenza a lo manchú. Para los chinos las cometas representan algo más que un simple juego: diseñarlas es un verdadero arte desarrollado mediante técnicas milenarias.

A la derecha de la plaza, el Museo de la Revolución ofrece una emocionante clase de historia graficada con objetos y armas de la época dispuestos frente a grandes murales fotográficos que relatan paso a paso la famosa Larga Marcha que llevó a Mao al poder. Al otro lado de la plaza, se puede ingresar en el monumental recinto donde los 5000 diputados de la República Popular China deciden sobre el destino de 1200 millones de hombres.

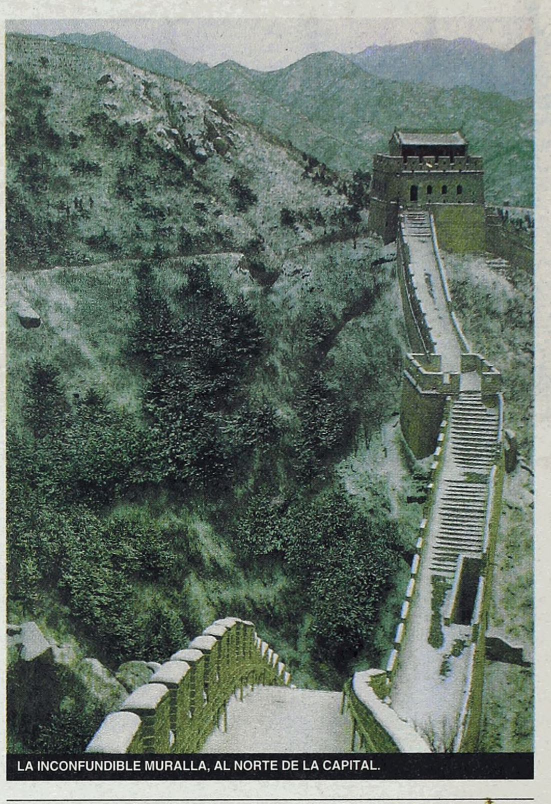
La Ciudad Prohibida

Estar parado frente a la Ciudad Prohibida –donde Bernardo Bertolucci filmó *El Ultimo Emperador*– provoca una atracción incontrolable por ir a descubrir los tesoros que se esconden tras sus muros de 8 metros de alto. Caminar entre los rojos pabellones con techos dorados de este laberinto rectangular de un kilómetro de largo es una de las cumbres más altas a las que puede aspirar un viajero de pura cepa. Astrolabios, clepsidras, dragones de mármol color turquesa, leones de bronce, fastuosos tronos reales y humeantes incensarios con forma de tortuga, son algunas de las maravillas que encontramos en los patios y los 9000 salones de esta ciudad donde residieron las familias imperiales entre los siglos XV y XIX.

Doscientos mil hombres construyeron esta obra maestra de la arquitectura donde vivían 9000 damas de honor y 70.000 eunucos que se ocupaban de las tareas de la corte y, en muchos casos, de regir los destinos del imperio desde el anonimato. Los emperadores no solían cruzar los muros de la ciudad, mientras que todo aquel ajeno a la corte tenía prohibido ingresar allí. Muy pocos en

Noche de Maradona en Pekín

Una noche me acerqué con mi bicicleta hasta los altos muros rojos de la Ciudad Prohibida, donde unos jóvenes chinos que intentaban dominar una pelota de fútbol me invitaron a jugar. Después del partido, cuando ya me retiraba, me tomaron del brazo y se agacharon alrededor de un bolso para sacar algo: desplegaron ante mis ojos atónitos dos enormes posters de Boca Juniors con Maradona, escritos en chino; los firmaron y me los regalaron. Mis amigos orientales, con quienes no pude cruzar palabra, nunca llegaron a saber que ese occidental solitario que se fue feliz de la vida con los posters bajo el brazo, era argentino e hincha de Boca.



LA INCONFUNDIBLE MURALLA, AL NORTE DE LA CAPITAL.


UN "SEDÁN" DE LA CASA IMPERIAL, PARTE DEL MUSEO DE ARTEFACTOS HISTÓRICOS DE LA CIUDAD PROHIBIDA.

todo el imperio llegaban a conocer la cara del emperador.

Mientras dos cuidadores abren lentamente las puertas de 9 metros de alto, se vislumbra frente a nosotros la inmensa plaza Taihedian. Una calzada de mármol blanco, escrupulosamente tallada con figuras de dragones, nos conduce triunfalmente hasta el Palacio de la Suprema Armonía donde reluce el trono del emperador. En la Ciudad Prohibida todo está hecho a la medida del imperio: desde el sobrecargado trono rodeado de jarrones y cajas chinas de madera tallada, hasta las enormes construcciones; todo es tan suntuoso y colosal que perdemos la noción del tamaño y el espacio. Las vastas proporciones de las plazas y pabellones están sujetas a la más balanceada simetría espacial en donde cada detalle está puntillosamente calculado en relación a la totalidad. Los edificios laterales son más bajos que los centrales con el fin de resaltar la imponencia de estos últimos. Las interminables balaustradas de mármol blanco que rodean las plazas internas están meticulosamente talladas con imágenes mitológicas como el Ave Fénix. Mientras nos perdemos por los laberínticos jardines imperiales a la sombra de los cerezos, o cuando recorremos los angostos pasajes de paredes carmesí que comunican los recintos, nos envuelve la sensación de estar dentro de un microcosmos anclado en el corazón de una antigua civilización. Estos mismos adoquines son los que pisaron durante los últimos 600 años los emperadores de las dinastías Qing y Ming. Aquí vivieron aislados del mundo exterior, rodeados de un contexto estético que pretendía ser el reflejo arquitectónico de una doctrina político-filosófica que se consideraba universal, eterna y absoluta.

La Gran Muralla

El astronauta Neil Armstrong no podía con su asombro mientras divisaba la Muralla China desde la órbita lunar. Construida hace 1700 años casi como un mero símbolo del poder imperial, esta defensa de 10.000 kilómetros nunca sirvió en los hechos para detener las invasiones mongoles. El emperador Gengis Khan reconoció que la efectividad de la muralla dependía del coraje de quienes la defendieran. La clásica excursión en la zona de Badaling no es la más recomendable: la muralla está restaurada con un dudoso criterio y la recorren millares de turistas perseguidos por molestos vendedores. Pero el lugar en el cual mantiene su encanto original –y con muy pocos turistas– es en Simatai, donde a pesar de no haber sido restaurada, la construcción posee largos segmentos en perfecto estado de conservación. En Simatai la muralla está construida sobre una cadena montañosa y en algunos sectores se ha desbarrancado con el correr de los siglos. El recorrido implica horas de subir y bajar escalones, pero la aventura comienza en las partes ruinosas: es un verdadero desafío seguir adelante en pos de alcanzar la torre de vigilancia más alta, desde donde se aprecia la totalidad del valle entre las montañas.

En los lugares más derruidos, la muralla se hace tan angosta que es preciso avanzar gateando por prevención ante los precipicios que se abren a los dos costados. Muchos integrantes del grupo abandonaban la travesía a medida que la cosa se complicaba, y cada cual avanzaba a su propio ritmo. Por momentos me encontré absolutamente solo en la cumbre de la montaña, sin nadie a la vista, entre aquellas piedras milenarias. La mirada no me alcanzaba para abarcar esa infinita serpiente de piedra gris que parecía arrastrarse sobre las montañas en busca de la eternidad. Me bastaba cerrar los ojos para que me alcanzaran los ecos del rumor de los ancestrales ejércitos mongoles con sus catapultas al acecho, y los silbidos de las flechas cortando el aire.

En un viaje al otro lado del globo, las imágenes sorprendentes se perfilan ante los ojos como un vertiginoso zapping: nos cruzaremos por la calle con ancianos con camisas Mao que en vez de pasear perros pasean pájaros en jaulas de bambú sobre cochecitos. En los parques, que al alba se llenan de gente practicando Tai Chi Chuan, veremos personas caminar para atrás por deporte; o también nos asombraremos al ver a las mujeres escupir ruidosamente con total naturalidad.

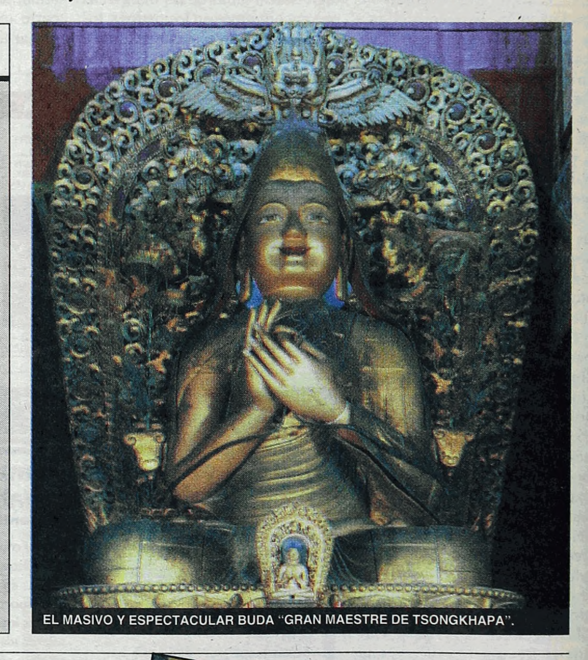
Pero si fuimos tan lejos para toparnos con una cultura verdaderamente distinta, se supone que también nosotros haremos algunas cosas diferentes: no solamente comeremos con palitos mientras los chinos se parten de risa al vernos luchar torpemente contra el arroz con langostinos; también degustaremos carne de rata a la carta en algún lujoso restaurante. Además hay que estar siempre atentos: si en el hall de un aeropuerto se nos ocurre lavarnos las manos en una solitaria canilla al lado de la puerta de embarque, podemos llegar a lanzar un grito de dolor –como le ocurrió a este desafortunado cronista– cuando las manos descubran que lo que sale es agua casi hirviendo para el té: estamos en China.

Mao, el Che y el Sr. Shao

Una tarde mientras regresaba en colectivo desde el Palacio de Verano –un idílico parque imperial de 6 kilómetros de largo– un hombre parado a mi lado no me quitaba los ojos de encima. Cuando bajamos del colectivo se acercó a mí con decisión, atraído por el rostro famoso que estaba estampado en mi remera. "Yo conocí a ese hombre", me dijo en un castellano perfecto con un inesperado acento madrileño, mientras me señalaba el estómago con su índice. "Yo fui el traductor del Che cuando se entrevistó con Mao en 1960, a tres cuadras de aquí". El señor Shao ya no pertenece al Partido Comunista: es accionista de una empresa de comercio exterior.

Cómo planear el viaje

- **Cómo llegar:** Qantas vuela a Pekín vía Sydney. Precio en agencia de viajes: 1750 dólares. La agencia de viajes estudiantil Asatej vende este pasaje por 1345 dólares (sólo para estudiantes y docentes).
- **Dónde alojarse:** Beijing Jing Tai Hotel: Beijing City Yong Wai - Jing Tai West No.65. Tel. 86-1-722-4675/721-2144. Un buen alojamiento de 2 estrellas con baño compartido, 15 dólares la habitación doble. En este hotel se contrata la excursión a la Gran Muralla en Simatai. Tiantan Sports Hotel: 10 Tiyuguan Lu (cercano al Templo del Cielo) Tel. 86-1752831. 30 dólares la habitación.
- **Qué comer:** La variedad de platos chinos es casi infinita. Seguramente nunca comeremos dos veces lo mismo. El plato típico es el "pato laqueado", rellenado con vegetales y pasta de soja, y recubierto con una melaza agridulce. El pato roztisado es cortado en rodajas que se envuelven en panqueques y se acompañan con unos espárragos muy finos.
- **Cómo moverse:** La bicicleta es el medio ideal. Se alquilan en los hoteles por 2 dólares al día. Con asesoramiento del personal del hotel, se puede viajar en colectivo. Una buena forma de explorar la ciudad es tomar el subte e ir bajando en cada parada para recorrer la zona.
- **Idiomas:** Cada vez más gente habla inglés. Si en un colectivo consultamos a alguien señalando un mapa, seguramente habrá uno entre los pasajeros que sepa un poco de inglés y nos ayudará con gusto.
- **Visa:** Se tramita en la embajada, Crisólogo Larralde 5349. Tel: 45415085.


EL MASIVO Y ESPECTACULAR BUDA "GRAN MAESTRE DE TSONGKHAPA".

SAN GIMIGNANO Y SIRMIONE, EN EL NORTE DE ITALIA

Dos ciudades medievales

En el catálogo de antigüedades que es Italia, el viajero más veterano puede perder estas dos pequeñas joyas de la Edad Media y el primer Renacimiento, con sus torres y castillos.

Por Estela Iglesias

Al Norte de Italia, a 25 kilómetros de Siena, se levanta una Manhatan de la Edad Media. Con un perfil de murallas almenadas y torres que capturan la imaginación del viajero, sobre un promontorio desde el que se domina gran parte de la llanura circundante, se erige San Gimignano Delle Belle Torri. Discreta, monumental, pequeñísima, es un pueblo que se puede atravesar prácticamente en quince minutos de paso vivo. Claro que ni el más cínico de los viajeros puede hacerlo en menos de horas y horas. Porque hay que superar el asombro que produce contrastar la simpleza del exterior con la riqueza artística que late dentro de La Colegiatta, una de las iglesias con más frescos, donde se puede admirar el Noé ebrio de Bartolo Di Fredi. Y porque hay que ver el aljibe de mármol en la Piazza Della Cisterna, entrando por el Arco Del Becci, una majestuosa puerta que es parte de las fortificaciones del siglo XII.


LA COLEGIATTA, DE LOS FRESCOS.


LAS CALLEJAS MONTAÑOSAS.

Hoy sobreviven 15 de las 72 torres que originalmente competían en altura, poderío y vanidad de antiguos. Los contrincantes medievales y del Alto Renacimiento, que se zumbaban mutuamente erigiendo torres de alturas inconcebibles, dejaron como monumento algunas como la del Palazzo Dei Popolo. La bien llamada Torre Grossa es la más alta (55,5 metros) y mejor conservada, con una solidez impresionante, múltiples bóvedas y una galería desde la que se admiran espectaculares vistas panorámicas. La visita al pueblo es más fácil por una hotelería de precios que van desde los U$S 50. Otro recorrido medieval y poco conocido en el norte nos lleva al lago di Garda. Llegando por la Autoestrada como por la línea férrea Milán-Venecia (A4), la salida de Desanzo descubre el lago más grande y menos contaminado de Italia. En la ribera meridional se encuentra Sirmione, sobresaliendo cuatro kilómetros en una península que se proyecta en las aguas. Es un egido amurallado de antiguas calles, bastante populoso pero notablemente bello y ameno. La mayor atracción es la Rocca Scaglieri, a pocos metros de la entrada, un macizo castillo de torres y torreones, rodeado por un foso en el que los cisnes brindan un espectáculo. El nombre remite a los responsables de su construcción en el siglo XIII, la familia Scaglieri de Verona, que en ese momento dominaba Garda. Esto es fácilmente deducible por las vistas de las murallas, impactantes para el turista y claras en su intención militar y táctica. En el interior del castillo, las armas y armaduras recuerdan este período. El castillo está abierto todos los días, con diferencias horarias según las estaciones. Los hoteles varían en categorías y los precios van desde U$S 60 por habitación doble. Para quedarse en Sirmione hay que reservar con antelación o pasar por la Azienda Autonoma Di Soggiorno e Turismo situada en Viale Marconi 2.




LAS TORRES, UNA VERDADERA MANÍA DE LOS SEÑORES DEL RENACIMIENTO.


UNA ENTRADA A SAN GIMIGNANO.


UNA DE LAS PEQUEÑAS PIAZZAS.

NOTICIERO

Nuevas guías



Langenscheidt presenta sus guías de turismo, curiosamente llamadas "Océano" por la editorial responsable de la edición en español. Los volúmenes de la colección dedicados a París y Londres comparten una extrema riqueza visual. Tienen mapas clarísimos, con los puntos de interés marcados en colores, y una sobrecogedora abundancia de fotos. Con buen balance, los libros hacen pie en la historia, la arquitectura, el buen comer y las compras. La producción gráfica es simplemente tentadora: ojear las guías despierta las ganas de viajar, de caminar por esa calleja y comprarse ese objeto. Ideales para un primer viaje, para renovar una vieja amistad con alguna capital querida y para ver qué cambios hubo en una ciudad ya conocida.



LOS ÁRBOLES CENTENARIOS Y LAS BÓVEDAS TACHONADAS DE GRANDES APELLIDOS DE LAS ARTES, DEL DINERO Y LA "GLOIRE" MILITAR.

EL CEMENTERIO DEL PERE LACHAISE DE PARIS

Los célebres del pasado

De Chopin a Alberdi, de Jim Morrison a los comuneros parisinos de 1871, el mayor cementerio de la capital francesa es todavía un centro de peregrinaciones para visitar a los románticos más famosos. Y es un catálogo de tres siglos de arquitectura.

Por Mariano Blejman

El cementerio del Père Lachaise es un lugar donde es concebible enamorarse de la muerte. Como lo estuvieron muchos de los personajes que hoy yacen allí y que jugaron a morir antes de tiempo, artistas y románticos de los últimos tres siglos. Hoy, el peregrinaje en este amable laberinto de árboles y panteones es constante. Son decenas los muertos ilustres que esperan la llegada de los turistas que visitan el cementerio más grande de París. La principal atracción del momento no pasa ni por el recuerdo de la música de Chopin, ni por los restos del filósofo Auguste Comte. Tampoco es mayoritario el recuerdo del trágico final de los comuneros de París que yacen al pie de su muro sudeste. Tal vez porque la muerte siempre fue una buena excusa de ventas, es Jim Morrison –una estrella de rock– el que atrae al turismo necrológico hacia los delicados pasillos del cementerio parisino. El Rey Lagarto hoy mantiene su popularidad y recibe ofrendas de sus drogas favoritas.

Historia mortal

Père Lachaise está ubicado en el 20º Arrondisment de París y es el cementerio más grande de la ciudad. La historia es larga y llena de contratiempos cercanos a la muerte. En 1626 los jesuitas adquirieron una casa de campo y la convirtieron en lugar de reposo de la orden. El padre Lachaise, confesor de Luis XIV, que solía acudir a menudo, contribuyó en la reconstrucción de los edificios efectuada en 1682. Los jesuitas fueron expulsados en 1763 y cuarenta años después la ciudad adquirió la propiedad y la transformó en parque de descanso. Ya para el 1800 escaseaban los transportes y el cementerio estaba alejado de la metrópoli. Como los traslados se hacían a pie, el fracaso del lugar como cementerio era rotundo. Sin embargo esto no fue un impedimento y como si se tratara de una estrategia publicitaria, comenzaron a enterrarse algunos muertos famosos, con el fin de atraer a más "clientes". Así llegaron Molière y La Fontaine, Gay Loussac, Delacroix, Chopin, Auguste Comte, Yves Montand, Edith Piaf, Daudet, Beaumarchais, Michelet, Balzac, Haussmann, Sarah Bernhardt, Colette, Proust. No falta quien recuerde que allí también yace el argentino Juan Bautista Alberdi, cerca de una frondosa arboleda, en un túmulo cribado de placas de homenaje.

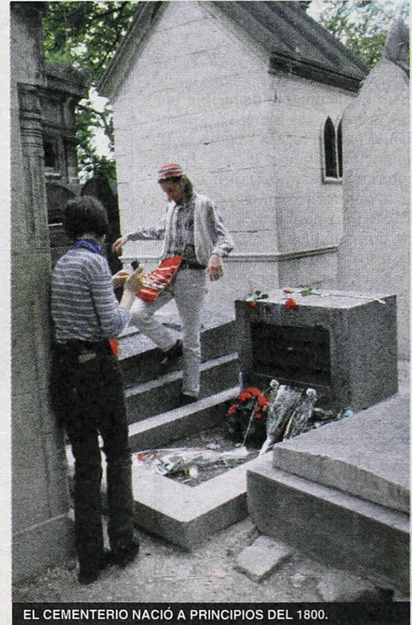
En diciembre de 1874 José Martí conoció a Víctor Hugo en París, visitó el cementerio y las tumbas de Abelardo y Eloísa. En 1962 pasó por allí el vanguardista André Bretón, haciendo uso de la palabra durante los funerales de Natalia Sedova Trotsky. El cementerio en sí fue diseñado por Brongniart y por su abundante vegetación y su accidentado terreno atenúan el impacto fúnebre, convirtiéndolo en un paseo de campo entre bustos ilustres.

La muerte les sienta bien

"Le toqué un muslo y la muerte sonrió", dijo alguna vez Morrison, que desafió en vida a la muerte hasta toparse con ella. Con su poesía lisérgica y su rock psicodélico jugó al borde de las puertas de la percepción, hasta que el fatídico 3 de julio de 1971 lo encontraron muerto en una bañera. La leyenda y el mito durarán para siempre. No así su busto, que en mayo de 1988 fue arrancado por dos intrépidos jóvenes, que hoy se regodean con el trofeo de guerra en algún lugar del planeta. La historia de la muerte de Jim Morrison nunca se esclareció, porque Pamela (su mujer), única testigo, murió al año siguiente de una sobredosis. Hoy, la tumba de Morrison es visitada constantemente por miles de jóvenes que desean acercarse a su "gurú". Le insertan una botella de whisky en la tierra y fuman un poco de marihuana, tratando de acercarse a su figura. Curiosamente, la tumba tiene derechos de comercialización exclusivos. Son de alguien que sólo se enfrentó a la muerte en películas de acción: Silvester Stallone. No está permitido filmar, ni tomar fotografías, tampoco se puede permanecer demasiado tiempo sobre lo que queda de su busto. Otro de los que se arriesgó a jugar con la muerte fue el músico Frederic Chopin. Aunque tal vez porque no le quedaba otra –estaba enfermo de tuberculosis– sólo compuso dos conciertos para piano y orquesta y tres sonatas, una de ellas la célebre "Sonata Fúnebre". A fines de la década del 40 emprendió una gira de conciertos por Inglaterra. El clima nebuloso agravó su mal y murió en París el 17 de octubre de 1849. Frederic Chopin está enterrado en el rincón más poético del antiguo cementerio, entre Bellini y Cherubini y no lejos de Heine quien definió al compositor como el "Rafael de la música". Sobre el féretro sus amigos esparcieron el puñado de tierra polaca que lo acompañara durante su breve vida.



ENTRE LOS FAMOSOS, DEBUSSY, RACINE, BELLINI.



EL CEMENTERIO NACIÓ A PRINCIPIOS DEL 1800.

Oscar Wilde es otro de los que de alguna manera despreciaban la vida. Talentoso, poeta, dramaturgo, novelista, escritor de cuentos de hadas y criminal convicto. Probablemente el más famoso homosexual de todos los tiempos. Wilde era entonces un apasionado defensor del sentido aristocrático de la vida. Seguía siendo el esteta puro, no intentaba más que evadirse de la vida. Su afán por la belleza le llevó trágicamente a colocarla por encima del bien. Fue condenado a dos años de trabajos forzados, el 27 de mayo 1895, por sus relaciones con jóvenes homosexuales. Su matrimonio fue disuelto, sus hijos llevados lejos de él, declarado en bancarrota y su casa y pertenencias subastadas. La mayoría de sus amigos dejaron de verlo. Wilde murió el 30 de noviembre de 1900 a raíz de una meningitis, a los 44 años. Sus restos reposan en el cementerio.

No todos son ilustres

Las muertes que rodean al Père Lachaise no son sólo ilustres. Está también plagado de infortunados y desconocidos trabajadores. Allí se desarrolló el último y sangriento episodio de la Comuna de París, el 28 de mayo de 1871. Los acontecimientos habían sido catapultados por la dictadura de Napoleón III que llevaba 18 años de reinado cuando emprendió una guerra contra Alemania. El inicio de esa guerra fue su fin: derrotado en Sedan el 2 de setiembre de 1870, dos días después se produjo el levantamiento de París que proclamó la República. El 28 de marzo de 1871, surge un consejo comunal de 90 miembros pertenecientes a diversos grupos que representó una tentativa revolucionaria. En un marco municipal y sin recurrir al Estado, la Comuna proponía tomar la dirección de los asuntos públicos. Pese al heroísmo de los trabajadores parisinos, las tropas de Versailles, con el beneplácito y la complicidad de las fuerzas prusianas, finalmente lograron en marzo de 1871 tomar la ciudad y aniquilar una experiencia efímera pero intensa. Duró algo más de 70 días y hoy pocos la recuerdan. Los últimos insurgentes, acorralados en el cementerio fueron atacados la noche del 27. Entre las tumbas se libró una lucha feroz. Al alba los 147 sobrevivientes fueron fusilados contra el muro de la esquina sudeste. Fueron enterrados en el mismo lugar en que cayeron, en una fosa común que es objeto de numerosas peregrinaciones.